

UN PROFESOR DE NUESTRO TIEMPO

GUSTAVO VILLAPALOS SALAS

(Universidad Complutense)

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

(Universidad Rey Juan Carlos)

ÁNGEL PELAYO GONZÁLEZ-TORRE

(Universidad de Cantabria)

La noticia del fallecimiento de Manuel Francisco Fernández-Escalante Moreno, catedrático de Filosofía del Derecho y Derecho Natural, el 27 de agosto de 2014, en pleno verano cántabro, nos sorprendió profundamente a sus muchos antiguos estudiantes, colegas y amigos. El sentimiento de la oportunidad de que un pequeño libro pudiera rendir homenaje a su personalidad y a su obra científica se suscitó casi inmediatamente tanto en Cantabria, en donde su trayectoria académica, cívica y personal había dejado una profunda impronta, como en Madrid, en donde su pensamiento y su personalidad contaba también con grandes admiradores.

Decidimos entonces convocar a sus amigos más cercanos a colaborar en un libro que, sin perjuicio de futuros y más amplios volúmenes de homenaje, pudiera representar un primer testimonio escrito de su huella en la vida universitaria. El resultado es *Las formas de la felicidad. Estudios jurídicos en memoria de Manuel Fernández-Escalante*, un libro que reúne un conjunto de colaboraciones cuyo denominador común, más allá de su contenido científi-

co, o de las materias de investigación que abordan sus autores, todas muy próximas a las inquietudes del profesor Escalante, se aproxima más a la vertiente humana de quien “era personaje, es decir, más que persona”, como él mismo acostumbraba a decir de todos aquellos a quienes admiraba.

Y ello no debe extrañar. Manuel Fernández-Escalante disfrutaba, sin duda, de una personalidad atractiva y original: poseía una característica, clara y concisa manera de entender la realidad; unas costumbres no menos singulares -“la medianoche es mi mediodía”, gustaba de reiterar, siguiendo a Nietzsche-; unas aficiones invariables y muy denotativas, en donde las alubias viudas en Vega de Pas, o el insólito menú integrado por alubias blancas de primero y alubias rojas de segundo, ocupaban un lugar preponderante. Y naturalmente, unas materias de estudio muy especiales: la pervivencia de las creencias paganas y sus traducciones cristianas; la toponimia, especialmente la toponimia menor, y la hidronimia, en donde siempre encontraba una etimología celta; España y la identidad plural de sus pueblos, vertebrada por el catolicismo; la época barroca, su pensamiento político y el papel de la conspiración; o la singularidad de la vida pública, el compromiso cívico y la vida universitaria, con su permanente llamamiento a los estudiantes a pensar por sí mismos, y así “ser pueblo y no plebe”.

Genial y, por lo tanto, en la antítesis de la indiferencia, indómito - *Cantabrum indoctum iuga ferre nostra*, recordaba siempre- rebelde frente a toda forma de injusticia; muy libre; distante de toda forma de mezquindad; tenaz en su admiración por la inteligencia y la creatividad, pero también en su incompatibilidad con la estupidez y con la ignorancia; enemigo de madrugar y amigo de los paseos largos y los baños lustrales en los ríos, especialmente los cántabros; respetuoso con el ciclo del nitrógeno; feliz en las excursiones de fin de semana por Cantabria, o por cualquier lugar de España; capaz de escuchar el *Romance del Conde Lara* sesenta veces consecutivas; orgulloso de sus orígenes corsarios -y no piratas- como Escalante; indignado cuando alguien dudaba del valor de los cántabros que lucharon frente a toda invasión y fueron por eso aniquilados con su idioma, lo que explicaría también que mantuvieran el suyo quienes se sometieron a todas las invasiones; defensor del lábaro y de la presencia del signo de los cántabros en el escudo de “la tierra”; admirador de siempre de la perfección y equilibrio de la músi-

ca barroca y tardío de la música celta; lector infatigable; colaborador asiduo de los diarios con artículos cuya circulación anotada constituía una de sus actividades favoritas; admirador de Laro y “El Cariñosu”; partidario de viajar en coche con las ventanas abiertas; autor de hallazgos tan portentosos como la documentación que demuestra que, a fines del siglo XVI, los jesuitas fueron enviados a los Montes de Pas para evangelizar a los pasiegos, celtas paganos todavía en el siglo XVII; devoto lector de Lermontov, especialmente de *Un héroe de nuestro tiempo*. La personalidad de *Herr Profesor* o, como él mismo contaba divertido “Von Escalante”, tal y como era conocido por los estudiantes en muchas Universidades españolas, desbordaba todas las formas de la convención académica.

Probablemente esa ausencia de conformidad con lo previsible y probable, y su consiguiente vecindad a lo posible, explican que su magisterio represente un supuesto sumamente excepcional en la Universidad española del último tercio del siglo XX. Dejó grandes discípulos y alumnos que accedieron de manera brillante a la cátedra, como este libro testimonia, y un pensamiento único y original. Pero, más allá de las fronteras disciplinares de su asignatura, son y somos muchos quienes reconocemos en Manuel Fernández-Escalante a uno de los más grandes suscitadores de inquietudes y de materias de investigación en el ámbito jurídico universitario en el que hemos desarrollado nuestra actividad académica, aunque fuera en otras asignaturas, o bajo otras improntas de pensamiento.

Y, sobre todo, cuando se habla con sus antiguos alumnos, algunos también presentes en este libro, aunque su devenir profesional se encontrara después muy distante del magisterio universitario de Manuel Fernández-Escalante, cabe advertir el influjo profundo del profesor que, tras impartir su docencia en el primer año de la carrera, despierta al joven estudiante a la reflexión, la inquietud, el saber, el compromiso, la responsabilidad y el sentido de la excepcional oportunidad que representa una vida instalada, al mismo tiempo, en la diversión y en el sentido del deber.

Los deberes de Manuel Fernández-Escalante eran sencillos: su esposa, su familia, sus amigos, su pueblo, su tierra, su patria, y sus convicciones. Firme y resuelto en su defensa. Coherente y leal (aunque le divertían quienes traicionaban por un cargo o por dinero, no perdonaba la traición profunda, es

decir, la traición “al Espíritu”). Siempre en el mismo sitio (aunque le divirtieran también mucho quienes zigzagueaban, porque decía qué, a veces, el movimiento en zigzag permitía que se les encontrara en el mismo lugar) Como dice la canción escocesa (no prosperó su propuesta para que los músicos tradicionales cántabros contaran con becas para formarse en Escocia o en Irlanda; obviamente, nunca pensó en patrocinios institucionales para sí mismo) Escalante era “un hombre al que no se conoce todos los días”. Más bien, casi ningún día.

Con humor torrelaveguense, variante singular, por surrealista, de la ironía celta, decía a veces: “no es por alabarme, pero hace un día espléndido”. No es este, por tanto, un libro en alabanza a Manuel Fernández-Escalante. No le gustaban las alabanzas o las adulaciones, y mucho menos los alabadores o aduladores. Pero, como le dice Francis Ford a John Wayne en *El hombre tranquilo* al saber que es Sean Thortorn y, por lo tanto, nativo de White O'-Morn en Innisfree: “si usted es Sean Thortorn, sí que hace un buen día”. Un espléndido día de la espléndida vida que Manuel Fernández-Escalante celebró y quiso que todos celebráramos.

Su siempre admirado Jorge Luis Borges decía en su maravilloso prólogo a *El ojo de Apolo* de Gilbert Keith Chesterton que “la literatura es una de las formas de la felicidad”. Manuel Fernández-Escalante disfrutó, con certeza, de todas las formas de la felicidad y, lo que es más importante, las compartió con genuinas alegría y pasión con todos cuantos, dentro y fuera de la actividad universitaria, se aproximaron a su existencia, su vitalidad y su magisterio. Las formas de la felicidad son, además, constantes e inmutables. Estamos convencidos de que las formas de la felicidad se multiplican ahora, para él, en la Eternidad.

Madrid-Santander, junio de 2019.